

LA TRISTEZA DE LA PAZ



LA TRISTEZA DE LA PAZ

I

Entre las cortinillas de encaje que oscilaban como dos alas ya sin fuerzas, entraba el aliento perfumado de la tierra: era como el aliento de una mujer madura y virgen que soñase. Caía lenta la hora en que todo es pereza sensual, grata pereza que levanta en el cerebro el recuerdo de todos los deseos sentidos, y un sátiro refugiado en nuestra memoria como en una selva florida, va desnudando las imágenes de las mujeres vistas y ansiadas.

Al soplo de aquel aliento cálido, movíanse los flecos de sedas de los sillones, y allá en el fondo temblaban débilmente las rojas mamparas. En alguna gruta abierta en los montes ó en el fondo negro del follaje, un espíritu poderoso debía de haber pronunciado las primeras palabras del conjuro que da vida á las cosas durante la noche.

Por la ventana se veía aún la agonía del

Sol, sangrienta y luminosa como la del héroe de una leyenda guerrera. En el cristal finísimo de unas copas puestas en un mueble de madera oscura, había unos rojos puntos de luz. Por el Saliente venía la noche. Hacia el cenit, los contornos negros de las nubes—contornos fantásticos—recortábanse sobre el azul obscuro simulando cabezas de monstruos que tirasen del carro de las sombras.

En la paz del campo sonaba el quejido del ternero recental, ansioso del regreso de la madre, que vendría con los pechos ubérrimos de leche olorosa y tibia; corrían, lejos, como manchas singulares, las ovejas blancas de un rebaño que seguía una vieja pequeña y ágil. El aliento de mujer madura y virgen pasaba estremecedor. En las almas nacía ansia de amar y ansia de concederse en los cuerpos; por un momento quebrábanse preocupaciones milenarias y en la cárcel de los deseos contenidos y recelosos entraba un rayo de sol, rojo como los de aquel sol que moría. Por eso las mozas aldeanas, frescas y erguidas, tienen en los ojos, al llegar esta hora, la malicia de algún recuerdo grato: el sombrero de un bosque de pinos en que unas mariposas atrevidas tentaron sus cuerpos, la dureza de un lecho en los maizales abundantes, con las carnes temblonas sobre los tallos tronchados, y hojas sobre la frente, sobre todo el rostro, hojas lanceadas, cosquilleantes.

Un trozo de mar se veía lejano, entre las copas de los árboles; se fundía con el cielo

en unas nubecillas oscuras que coronaba una franja roja, y tras de las que se iba apagando el incendio admirable. No llegaba hasta el pazo el cascado reir de las gaviotas que aun volaban en la proximidad de la costa. En el valle iba naciendo una neblina azulada.

María Carlota dejó el tomo en que leía entre los juguetitos que soportaba un velador. En la cubierta destacábase el nombre exótico de Biörnstjerne-Biörnson y una estampa de un trineo corriendo entre los árboles de un bosque nevado y muerto. María Carlota unióse á su primo en el mirador: dentro quedó un instante la mecedora abandonada, moviéndose sordamente sobre el suelo encerado.

Bajo el mirador pasaba un estrecho camino de carro, guijarroso y pendiente. Perdíanse en uno de sus extremos unos niños que marchaban hostigando á unas vacas perezosas y enormes.

—¡Marela! ¡Ooh, Marela!

Cuesta abajo venía un labriego montado en su caballo de larga crin negra. Aun distante, quitóse el amplio sombrero:

—Santas tardes tengan los señoritos.

—Adiós, Sampayo.

Pasó el caballo golpeando las guijas; dobló el recodo. Oyóse aún la vocecita infantil hostigadora:

—¡Marela, Marela!

Esteban se volvió hacia su prima en un escorzo. Vió sus grandes ojos inmóviles, el cuerpo, arrogante, destacarse con sus envol-

turas de luto sobre las cortinillas, cribadas por puntitos negros.

Habló:

—¿Te entristece esta paz?

Ella corrigió su actitud pensativa.

—No—dijo—; he tenido así como una sorpresa al asomarme, como si esto fuese nuevo para mí. Tenía en el alma las imágenes de la novela: el bosque muerto, la pequeña ciudad extraña, la tristeza de Ella al ver ebrio, en el lecho, al hombre esperado, con la peluca engañadora sobre las sábanas.

—No debió esperar, María Carlota.

—¿Qué pudo hacer?

—Buscarlo, atraerlo.

Sus voces se habían hecho graves. Ahora la de Esteban tuvo un ligero matiz cariñoso:

—¿Has creído leer tu propia novela, ¿verdad?... Piensas como yo. ¡Esperar, esperar! Cuando la vida no espera. ¡Si pudiésemos mandar á nuestros cabellos: no encaneced; y á nuestro rostro: no te marchites; y á las fuentes de juventud y de calor: seguid pródigas, que estoy sentado á la orilla de mi vida, esperando que pase la Deseada!...

—Esa no es mi novela, Esteban.

—Esa es tu novela, María Carlota. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que veíamos marchar desde aquí á los buhoneros que vinieron á ofrecer baratijas? Tú me dijiste: «He ahí unos seres felices; cada uno de los cien caminitos que hay entre los sembrados es de ellos: no poseen más tierra que la que pisan

sus pies; pero siguen la senda que más les agrada.»

—Es una gran verdad.

—Yo te la he confirmado. Son seres felices. Hacen un hogar donde encuentran un cariño. No piden su eternidad ni desprecian á la mujer que conoció antes otro amor. Cuando se apaga el fuego en ese hogar, echan sus cenizas sobre el cariño muerto, y siguen. También peregrinan con su amor.

—Peregrinar con el amor... ¿Pero eso es santo?

—La vida sí, es santa, María Carlota; ¿quién no fué en ella buhonero de sus cariños?...

—Pensando así, fué un acierto tu separación de Luisa.

—Por lo menos fué corregir un error. Me hastiaba. Mi alma nació para querer pródigamente. He soñado siempre, para epitafio de mi tumba, un poema condensado en breves palabras: «amó á muchas; lo amaron muchísimas».

Pasó un silencio. En el espíritu de la joven inflamóse un deseo oculto; de la tierra fecunda venía en ráfagas leves la brisa templada, como un jadear de mujer poseída. La virgen sintió hacia sí misma un desprecio íntimo.

Más próximo, siguió hablando el joven:

—¿Si sintieses la tristeza grande de los deseos imposibles... cuando algún diablillo va colocando ante el recuerdo la imagen de una

mujer, de otra mujer, de todas las que se hicieron amar por nosotros, y se medita en que han pasado sin que gustásemos en sus labios uno de esos besos que saben á sangre, que han pasado llevándose intacto el secreto de su cuerpo!...

Se acercó por el camino el ruido de unas madreñas en los guijarros; ante el mirador paróse una vieja andrajosa: su voz dolorida tembló en aquella paz solemne:

—¡Devotiños, una caridad de pan; háganme una caridad, devotiños!

Los eucaliptos eran ya vestiglos medrosos; bajaban de la montaña los fantasmas de niebla arrastrando los largos sudarios. Cerca de María Carlota, Esteban miraba los ojos grandes de una tristeza pensativa.

—¿Qué perfume es el perfume de tus cabellos, que parece nacer de ti?...

Y acarició con su mano la recogida mata lustrosa. Había hablado con voz de amable misterio, con voz algo velada, de recogimiento. Sentía toda la blandura de sus ideas, de sus cariños extraños. Su prima había despertado en él, con intensidad voluptuosa, el recuerdo del tropel de mujeres amadas brevemente: un día, una hora, el tiempo mismo que puede durar una mirada persiguiendo á la hembra que pasa. De toda esta ansia rápida queda en el alma como un rehelear profundo, un sedimento de pena; y una vez y otra vez, el poso forma en el espíritu un fondo de amargura oculta.

¡Ojos pardos, ojos pardos y grandes: cómo temblaba una tristeza luminosa en vuestro interior! En la paz campesina se nos revelan misterios alávicos que no acertamos á retener, y la paz era grande y era triste; los eucaliptos que crecían ante la casa, altos, altos, cabeceaban como asintiendo á algún secreto delicioso que les contase el campo. María Carlota recogía en su alma la confesión de la tierra fecunda. La mano varonil tuvo sobre su cabeza la fuerza de un conjuro avivador de ideas: se alzó un torbellino de ellas en el cráneo de la joven; pasaron en tropel, como para un aquelarre extraño: tenían cuerpos de junco y cuerpos de fuego; pasaban desnudas, dejaban un surco doloroso. María Carlota sintió, cosquilleantes, recorrer su cuerpo los suavísimos pinceles del ansia. Camino de su fin, su juventud era rebelde al sacrificio estéril é inactivo; el alma había escudriñado secretos atrayentes: era una bella virgen sabedora de estimables placeres: el Jordán en que se lavasen sus culpas, habría de llevar arenas de oro brilladoras.

*
**

Sobre la mesa caía la dulce luz de la lámpara. Quedaban los vanos de las puertas en una obscuridad medrosa. En los cuadros antiguos de las paredes lucía tan sólo en un fondo uniforme y negro la palidez espantable de los rostros, que tenían todo el cansancio

de una falsa vida. Humeaba el café en las viejas tacitas de loza. Un insecto alado entró por la ventana abierta y ronroneó en la estancia: diríase que era un ruidillo del campo hecho mariposa, mariposa obscura, de un color de misterio. Zumbaba, y su zumbido tenía mil ecos en los sembrados próximos: era una melodía monótona que llegaba hasta los últimos rincones del caserón. Y todos los objetos parecían vibrar en un tono igual y constante, como los últimos sonos de la campana ronca de una catedral abandonada, poblada de espíritus; y hasta la sangre en los oídos zumbaba al compás de los insectos y al compás de los seres extraños que viven bajo tierra ó en la penumbra de los maizales. Y los murciélagos entretejían sus sombras rápidas sobre el suelo y en las paredes blancas, trazando afanosos cabalísticas redes retenedoras del misterio de sombras y de ruido. Y subía muy lenta la luna roja, la luna roja agorera de sucesos extraños, y para ella era aquel concierto, y porque ella se alzaba vestían sus blancos trajes los fantasmas multiformes que corren entre los pinares y que son las almas en pena que vió el labriego, y el hada que deseó el príncipe caprichoso, y la mujer que fatigó á Bécquer en una carrera estéril.

En el comedor, la cena había transcurrido silenciosa. Don Pedro Soto había llenado varias veces su copa con el claro vino de la tierra, y su fuerte voz apenas si había turbado el silencio para saludar á los jóvenes. El

ruido de un plato ponía una impresión de desagrado en aquella quietud. La criada moza sufría el contagio y apagaba, en su rostro, al entrar, el último gesto de la charla alegre de la cocina.

Era grande la paz: una paz soñolienta que ponía pereza en los cuerpos, y en el alma una súbita alegría de vivir; esa alegría que nos hace buenos y que vierte sobre nosotros como una tibia lluvia de nostalgias dulces y gratas.

¡Noches aldeanas, noches vírgenes propicias al misterio y á la quietud: cuando niños nos contáis leyendas; cuando hombres, consuelos. Que cuando mi alma envejezca pueda recordar en vosotras los cuentos de los koriganes donadores de monedas de oro que son hojas secas al salir el sol, las consejas de brujas, los relatos de lobos hambrientos. Que en el campo callado tenga un caserón vetusto y una mujer sencilla que cosa junto á una chimenea alegre; y un antiguo reloj vaya contando los segundos con un latir tranquilo; y entre por mi ventana una ráfaga tibia con olores de pino y olores de malvar, y que al oír los gritos de los mozos que van á rondar las casitas humildes, aquella mujer sencilla y pulcra levante su frente pálida y tenga para mí una mirada limpia y reidora!

Y en aquel ambiente, don Pedro dejaba fluir sus pensamientos de hidalgo orgulloso y empobrecido, que lo habían apartado de la

ciudad, y María Carlota y Esteban sentían entrar en su alma las ideas tranquilas y ordenadas, como parejas de damas que penetrasen en una amplia sala por la misma escalera de mármol, é hiciesen igual acompasada reverencia ante un trono ó ante un altar, y fundiesen después en una sombra agradable los colorines de sus trajes y el chispear de sus lentejuelas.

En el corredor sonaron pisadas respetuosas: al abrirse el cortinaje de la puerta asomó la criada.

—Está Cosme aquí, señor: viene de parte del señor Samuel, el de Cende.

Don Pedro alzó su cabeza enérgica:

—Que pase.

Volvieron á oírse pasos, pasos vigorosos y torpes. Entre los cortinones, sobre el fondo obscuro del corredor, lució la chaqueta amarilla de un mozo aldeano.

—Santas noches tengan.

El viejo hidalgo inquirió:

—¿Qué te trae, rapaz?

—Señor, fuí hasta la villa á buscar la imagen del Santo Patrón de Cende, y el señor Samuel me dijo al ir: «Ve por el pazo y avisa á don Pedro de que para la fiesta le guardo la cabecera de mi mesa»... El no puede venir, por la cobranza. De paso, díome un cuarto del cerdo bravo muerto anteayer á la vera del robledal. Andábamos sin sombra, señor: todos los sembrados estragaba el pícaro.

Volvió á alzarse la voz de don Pedro:

—Bien; dile que si no yo, irá mi sobrino. Dale las gracias.

El labriego retiróse.

Aún habló don Pedro:

—Que te den un vaso de vino.

Y llegaron del fondo del pasillo obscuro las palabras del aldeano:

—Gracias, señor.

La criada volvió á entrar, á recoger los manteles. Por opuestos sitios marcháronse don Pedro y María Carlota. Esteban miró un instante la enlutada silueta de su prima avanzar por el pasillo obscuro, nimbada por la luz de la bujía. Al final del corredor se detuvo. Se vió oscilar la luz movida por un soplo de aire. Esteban se imaginó los ojos grandes y pardos de su prima investigar los rincones oscuros, dilatados por un ligero sobresalto. ¡El misterio medroso de las estancias desiertas! El también sentía un desasosiego inventible al mirar por las noches, á la luz insegura de su bujía, los retratos antiguos de las paredes, que tenían ojos brillantes que miraban siempre para él.

Por la ventana abierta arrojó la punta encendida de su cigarro, que consteló el suelo de ascuas diminutas. Un pájaro salió asustado de entre las hojas de un magnolio. Su vuelo era invisible en el azul de la noche. Unos tras otros fueron muriendo los puntitos de fuego sobre la hierba. Esteban salió. En lo alto de la escalinata que bajaba al jar-

dín, recibieron las risas alegres de los criados. Una luz difusa pintaba en el amplio vestíbulo un rectángulo que se esfumaba al resbalar sobre la madera oscura del fondo. Brillaba en la sombra el reflejo escalofriante de un espejo. Por la puerta que daba paso á la luz, veíase la extensa cocina ordenada y limpia, y en torno á la mesa enorme de blanca madera, los criados, que comían presididos por la anciana matrona que había ayudado á María Carlota en sus primeros pasos inseguros. El mozallón de Cende estaba de pie, con el vaso de vino en la mano, calado el sombrero. Cerca, un perro gigantesco dormitaba enroscado sobre la pizarra del suelo, esperando la hora de su vigilia en el jardín, lleno del misterio de la noche. Al sentir próximos los pasos de Esteban, alzó la noble cabeza inteligente.

En la hierba se apagaron las pisadas del joven. A la luz de la luna, hacíanse desconocidos los caminitos y los objetos; hasta las matas adoptaban otra forma que la familiar. Sobre los senderos, blanqueados por el polvo, pintaban un encaje movable las hojas de los abetos y de los castaños. En la sombra de un boj añoso había el fantasma de una estatua: era el viejo Sileno, de luenga barba. Tenía en sus brazos nervudos al dios de las vides. En sus ojos ponía vida la sombra. Era una nota bellamente pagana en el misticismo de la noche: se sentía el deseo de nimbar con la áurea corona radial de los dioses la cabeza

blanca del Padre Sileno, y el deseo de ver pasar el cortejo de sátiros entre el murmullo sinfónico del jardín; y estas ideas, junto á la estatua blanca, eran como humo oloroso de un sacrificio hecho en honor del dios de los bellos placeres.

A un lado del jardín había una doble fila de álamos, que fingían ser las columnas y cúpula de un relicario que guardase el milagro de plata del río. En un remanso lucían unos peldaños de mármol enverdecidos. Junto á ellos estaba una barca vieja de podridas maderas, que en otros tiempos había paseado los amores del señor del Pazo, los escasos amores románticos que tuvo.

Del fondo del jardín, en la perspectiva de una carrera amplia asaeteada de luz, surgió una figura de mujer. Sus pasos, á lo lejos, eran imperceptibles; más cerca, después, se oían crujiendo sobre las hojas secas. Próxima á Esteban, la mujer tuvo una indecisión repentina; luego siguió.

—Buenas noches—dijo al pasar, con voz queda.

Y él contestó con su voz grave:

—Buenas noches.

El crujido de pasos y de faldas se alejó hacia el caserón. Dominó todos los aromas de la noche otro aroma sutil. Esteban siguió á la mujer con su mirada hasta que la cobijaron las sombras del vestíbulo. Era la moradora de una casita blanca y diminuta que se acogía á la protección de las altas tapias

grises del pazo. Tenía una tez pálida y unos labios pálidos, y el cabello rizado paraba en la nuca, como una corta melena romántica. Toda su juventud la había hecho brillar ella en una llama agostadora, y en la copa de la vida, que tiene embriagueces dulcísimas, había bebido con el ansia de un peregrino fatigado. Fué de brazos en brazos, generosa de sí. En los tablados, que son altares á un arte sensual y atrayente, se había movido su cuerpo en contorsiones incitantes, al son de una bella música enardecedora que invitaba á amar y á reñir y á emborracharse.

Y la derrota vino, y un día, enferma, volvió al lado de la madre, olvidada casi, que ahora la molestaba con su aspecto esquelético y su mirar lacrimoso y sus dedos torcidos por labores durísimas, con partículas de la tierra negruzca entre las uñas largas, y sus piernecillas cotrosas y delgadas saliendo como dos garrotos de los zuecos anchos y sucios.

Cierto día, en los comienzos del verano, comenzó para ella la protección de don Pedro Soto; las envidias y las murmuraciones de la aldea la cercaron; pero supo hacer de ellas una muralla sólida para su propio aislamiento. Algunas noches la había encontrado Esteban en el jardín; otras, en los mismos pasillos del pazo, donde la pecadora tenía entrada, con grave escándalo de la anciana nodriza. Ahora evocó él las carnes blandas de la mujer, que se veían temblar bajo el ves-

tido. Tuvo la visión del tablado lleno de luz y de la hembra flexible apoyando las notas enloquecedoras con golpes recios de sus tacones elevados, todo en una atmósfera oliente á perfumes y á tabaco y á vinos, y el ansia rugiendo en todas las gargantas y por todas partes un rebrillar de pupilas deseosas, entre las nubes de humo.

El también—¿quién no lo ha sentido?—, como el poeta D'Annunzio, había experimentado la atracción hacia las mujeres que son de la multitud, que han gustado el amor en cien brazos, que han hecho matarse á un romántico ó apuñalarse á dos majos ó arruinarse á un necio, que llevan condensados en su cuerpo los deseos y la sabiduría pecadora de un gentío.

Como si algo se transformase en él súbitamente, sintió en lo íntimo un enojo profundo hacia la calma estúpida del campo, aquella calma inocente y tristonca; en las casitas cerradas dormirían los seres fatigados, para volver al día nuevo á encorvar sus cuerpos sobre la tierra pegajosa y negra, cavándola con un ademán igual, y comerían las berzas en el cuenco de madera, sucio; ó navegarían por la ría en calma, casi ocultos en aquellas barcas que no se movían, manejando los remos largos con un movimiento fatigoso, todos al mismo tiempo, jadeando: ¡eehp, eehp!... ¿Y vivían?... ¡Bestias!

Subió la escalinata; pasó el vestíbulo. En la cocina había ruido de platos y de fuentes.

Una mujer dormía de bruces sobre la ancha mesa. Al final del pasillo, al transeurrir él, abrióse la puerta de una alcoba. María Carlota asomó su cabeza adorable:

—¿Eres tú, Esteban? ¿Has pasado otra vez por aquí?

—No, María Carlota.

La joven calló un segundo; luego volvió á oírse su voz, rencorosa.

—¿Fué esa mujer?

—Fué esa mujer, prima.

Enmudecieron. Por la puerta entreabierta veía Esteban las cortinas que guardaban el misterio del lecho. Un suave olor de esencias finísimas venía del tocador. María Carlota tenía el cabello recogido y envuelta la majestad de su cuerpo en una amplia bata. Por las enormes bocamangas veíanse los brazos redondeados y las manos pálidas que sujetaban la puerta.

Esteban sonrió, enigmático.

—Es la vida, María Carlota, es la vida.

Ella hizo un gesto amargo; la puerta se entreabrió más y se dejó ver el reclinatorio severo y el lecho donde se excitaban todas las inquietudes y revivían todos los ensueños de la mujer. Los pliegues del cortinaje antojáronsele á Esteban ocultadores de los duendecillos del sueño, que se sientan sobre el corazón de las personas dormidas ó raptan el alma y la llevan á escenarios de locura grotesca ó trágica. Toda aquella rebeldía de hombre amigo de la vida volvió á levantarse en

él. Sintió la estúpida esterilidad de una existencia pasada soñando fábulas: la existencia de la joven. Se imaginó la fatiga del alma, ocupada en variar las figuras de sus imaginaciones, en inventar nuevos episodios, que seguramente serían de una ridícula sentimentalidad. Aún padecía él el empacho de sus quimeras de adolescente. Ahora procuraba ahogarlas en una realidad ígnea y brutal. Las aborrecía como se aborrece á una mujer lujuriosa que haya agotado en nosotros todos los secretos de su ciencia de amar.

Se bocetó en su alma una idea perversa; la misma quietud solemne, la misma actitud de su prima la suavizó. Se atrevió á decir:

—Tus manos son bellísimas, María Carlota. Han nacido para la caricia.

Ella bajó con lentitud la pálida mano apoyada en la jamba. Se sonrió dolorosamente.

—Han nacido para el rezo, Esteban.

Y añadió:

—Buenas noches.

Pero él había sujetado la puerta sin violencias. Dijo con voz suave:

—Tengo el capricho de besarlas. No me iré.

María Carlota ensayó un gesto serio. Aun repitió Esteban:

—No me iré. Las besaré como un colegial ó como un devoto.

Ahora sentía el deseo imperioso de besar las manos tibias, manos de princesa desgraciada que fuese abadesa en un convento escondido y severo.

—No me iré, no me iré.

Hablaba en voz baja, pero había en ella un sordo temblor. María Carlota acabó por sonreír con indulgencia.

—Eres un loco, primo.

Y él se encorvó sobre las manos con la fiebre engañosa de su capricho, y las besó, vehemente, en las uñas rosadas, en los dedos afilados y suaves, y marcó con besos otro surco sobre el surco noble de las venas.

—¡Loco, loco!...

Se cerró la puerta. Junto al suelo quedó brillando una rayita de luz amarillenta, la luz de la lamparilla que alumbraba al Cristo en el reclinatorio. Los pasos de Esteban perdiéronse en la lejanía del corredor, cautelosos, con la cautela que impone la noche, que tiene todo el misterio y la sugestión de un templo. Arriba, en el cuarto de don Pedro, crujieron los maderos bajo un sólido andar. Sonó el chirrido de las barras de hierro que sujetaban los criados en las anchas puertas, y apagados todos los ruidos, por las rendijas invisibles entró la enlutada paz de la aldea; entró en puntillas, dolorida y solemne, y llenó todo el viejo caserón con su presencia. Se acomodó en los corredores tenebrosos y en los salones amplios, donde algún arma de las panoplias tenía reflejos de luz trágica, y la paz fué como el hada vieja que hizo un día adormecer por una centuria á los moradores de un castillo de leyenda.

Pero la rayita amarilla de luz veló mucho tiempo bajo la puerta cerrada.

*
**

Dentro de algunos días vendrá Victoria.

Caminaban los dos por el estrecho camino de carro, sembrado de guijas y orillado por los surcos hondos de las ruedas. Las zarzas recubrían las paredes de tierra que encajonaban el sendero, y en ellas lucían las moras engolosinantes sus granitos menudos que tenían puntitos de luz. Los rosales silvestres y las hierbas altas entoldaban el camino, y en algún lugar de él un árbol robusto se inclinaba desde lo alto sobre la senda, teniendo al aire parte de sus raíces retorcidas y secas.

Dormía el campo; humeaba la tierra su humedad generosa que se extinguía. Los montones de paja seca, dispuestos en las heredades polícromas, brillaban al sol como montones de oro. Los insectos tenían una canción adormecedora. Eran las barcas en la calma del mar azul, pinceladas de sepia, y junto á las rocas lejanas convertíanse en copos blancos de humo unas extrañas olitas que parecían nacer en la misma costa. Moría el campo en el incendio de la tarde.

—Dentro de algunos días vendrá Victoria—había dicho la joven. Nuestras tres tías han de venir con ella. ¿No sabes?... Ana Dolores está muy grave: morirá. ¡Son veinte

años que no han conocido la vida! Victoria vendrá desde su convento á cuidarla, á ayudar á la madre, que ya conoce la proximidad del desenlace. ¡Pobre Ana Dolores!...

Hubo un silencio. María Carlota preguntó de pronto:

—¿Tú quisiste á Victoria?

Y Esteban contestó sencillamente, como si ya fuese pensando en lo mismo:

—Quise.

Tuvo entonces la visión de su prima Victoria, alta, triste, con el rostro encuadrado en tocas blanquísimas. En la biblioteca del pazo leía en los antiguos novelones horas y horas. Todos los cariños de las protagonistas románticas los sintió ella, y todas sus mismas desventuras sufrió, y envidió todas sus dichas. Formó un tesoro de cariño en el alma y sobre él cayó el moho de la paz. Esteban se acordaba de verla en un rincón de la sala, oyendo las baladas de la región, que su hermana sabía tocar tan tristemente. A veces lloraba, porque á su alma sensible decía cada trozo de música una novela sentimental.

Amó mucho; acaso al huésped de un día, al caminante que pasó una vez. Y al fin se decidió á arrojar en la hueca majestad de un convento, como en un abismo, toda la lozanía de sus años.

Esteban dijo con un sordo acento de evocación:

—La vi el día que marchó al convento. Cuidaba en el pazo palomas blancas. ¿Te acuerdas?... Eran todas blancas. Estaba en medio de ellas con sus vestidos de luto; las besó á todas. Al marchar, la bandada la siguió con un ruido poderoso de alas, y una de las palomas llegó hasta el convento, siguiendo á su dueña, como una enamorada castísima. El cochero la hirió brutalmente con el látigo. Victoria miró cómo se arrastraba el ave con un ala rota, y lloró. En mi imaginación dí al episodio toda la fuerza de un símbolo.

—La quisiste mucho, Esteban.

—La quise tímidamente; era en los años en que se hace una pasión de cualquier cariño, y todos los cariños hacen soñar. Yo también soñé. Deseé una gloria ruidosa muchas veces. Para ofrecer á Victoria, quise una gloria de poeta, ganada con la música de rimas sonoras é inmortales. Ser como un cohete: salir del montón, de junto al suelo, y subir á lo alto; mi camino sería un rastro de fuego; y ya arriba, muy arriba, abrirme en flores de luz, y que ellas cayesen sobre la multitud apiñada, como una lluvia milagrosa, y que todas las cabezas se alzasen hacia mí y que brillasen mis fuegos en todos los ojos y los deslumbrasen, y en lo alto y en el suelo todo lo tiñesen mis colores y no vieses las pupilas otros tonos que los que impusiese mi resplandor.

—¿Y ahora?

—Ahora, los que me leyesen pasarían al través de mis libros como por un desierto. ¿Para qué luchar?...

Iban junto á un molino escondido bajo las copas de unas encinas seculares: era una pequeña casa de paredes oscuras. La puertecita, roja, estaba cerrada, y un senderillo angosto que iba hasta ella pasaba sobre el río, que gruñía bajo el molino y que más allá parecía estancarse entre las melenas de los sauces y los castaños. Un soplo hacía mover la amplia gasa que pendía del sombrero de María Carlota. El ruido del río era musical, era una continua canción que muchas veces se había parado á interpretar Esteban en sus correrías solitarias. Ahora sentía revivir dentro de sí la imagen de la monja romántica. Continuó evocando:

—Un día te oíamos tocar una marcha solemne y lenta. Tu hermana me iba contando la novela inspirada de las notas. Pasaba el triunfador entre las filas de jóvenes; llevaba la cabeza erguida y temblaba en lo sumo una pluma blanca. Se oían las pisadas recias del caballo sobre las guijas, y el caballo era blanco también, y sobre el cuello encorvado y en todo su cuerpo brillaban los arreos con un fulgor glorioso. Luego venían las legiones, y las pisadas sobre el polvo eran sordas y á compás. En la punta de todas las lanzas había el orgullo de unos gallardetes rojos, y bajo los cascos de los

caballos iban deshojándose las ramas de laurel. Pasaban, pasaban. Las hermosas tenían altos sombreros puntiagudos, de los que pendían velos blanquísimos, y todas miraban al triunfador, que no miraba á ninguna; y algo lejos, sobre una eminencia florida, los monjes bajados de un convento cantaban un canto extraño, y el abad de barbas amarillentas bendecía con su mano de asceta las huestes orgullosas. Pasaban, pasaban. «El triunfador no miraba á ninguna...» La voz de tu hermana tembló al decírmelo. ¡Pobre virgen triste!

Dentro de las dos almas, la evocación continuaba vigorosa. Se iba apagando á lo lejos el sonido del agua, que ahora era un rumor. Aun dijo Esteban:

—Una vez vi el convento.

Se acordaba de él, enrejado, con muros parduzcos. Asomaban sobre ellos los eucaliptos del jardín, jardín de misterio irritante. El campo se extendía en redor, callado, en un silencio de superstición. Alguna viejecilla de leyenda cuidaba aves ó guardaba cabras saltarinas. Esteban tuvo ante el edificio cerrado la sacudida de fuego que notaba siempre ante aquellas mansiones de paz, donde las virginidades morían ignorantes y estériles. El mandaría alzar una cruz negra ante la puerta fortísima; una cruz como las que ponen las manos piadosas en los caminos aldeanos donde una vida encuentra un trágico remate. Y bajo la cruz

pondría un epitafio sencillo: *Ved dónde enterraron el amor.*

María Carlota alzó su cabeza, pensativa:
—¿Qué es lo que amas tú?

En su acento había un rencor disimulado. Parecía enojada ante la imagen de Victoria descrita en aquella forma poética, de su hermana, toda ilusión y todo misticismo intangible.

—¿Qué es lo que amas tú?

Y Esteban sintió toda la congoja de la pregunta resonar en su alma cansada. Llegó la frase hasta los últimos rincones del espíritu, como un sonido poderoso en una gruta donde no hubiese más que el rumor de un hilillo de agua.

—No sé; no sé...

Se estremecía todo él, angustiado. Recordaba ahora á la aldeana violada que llegó un día al pazo seguida de una vieja llorosa. El la había amado en la negrura de las noches, á la puerta de la casita parduzca. La moza, en el edificio solariego, contó la historia triste: tenía sonrojos en la cara y un temblor en la voz. A él se le antojó ridícula con el pobre vientre hinchado, con los pechos mustios, caídos. Desde entonces tenía la esterilidad un altar en su alma. Tuvo asco de la mujer: el mismo asco que tuvo, pasado el tiempo, en el lecho que bendijo un sacerdote encanecido, en un templo brillante, después de una ceremonia ridícula.

Y él pensaba ahora, ante la pregunta acongojante:

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás?... Te busco. ¿Naciste ya? ¿Fuiste la virgen que me acogió temblando? ¿Fuiste la que me flageló con un desprecio, como con un látigo que se enroscase al rostro?... ¿Dónde estás?... Llevo dentro el ansia de ti, pero no sé quién eres; y tú has pasado junto á mí y te he sentido pasar como en sueño, y ahora no puedo acordarme de tu mirar ni de tu presencia orgullosa. ¿Dónde estás?...

María Carlota iba abriendo su alma atónita ante aquella otra alma preocupada y perdida, para acogerla, para entender sus dudas, que eran revelaciones inquietantes.

—¿Quieres que no hablemos de esto?— preguntó él bruscamente.

Y ella contestó:

—No hablemos.

Y ambos buscaron cualquier pregunta vana que despertase otra charla; pero el silencio se impuso, inquebrantable y tiránico.

Era fuego el campo. Parecía caer el borchorno de lo alto del cielo añil, como en una lluvia mansa. Tras un caballón de zarzas se oía el golpear monótono de las azadas: á veces debían de tropezar las hojas de hierro en un guijarro, porque el ruido alzabase más seco y áspero, y este ruido en el silencio mortal era crispador y traía extraños pensamientos. Bajo una higuera dormía un mendicante ebrio; semejava un montón de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

33376